

# EL CASO DE ROCÍO Y CARLOS



(Extraído de María Jesús Álava Reyes:  
*La verdad de la mentira. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016*)

*Carlos era un excelente profesional, tenía 36 años y de él dependían quince personas. Una constante en Carlos era que intentaba hacer la vida fácil a todos los que trabajaban con él.*

*Había sufrido recientemente una ruptura amorosa y, en contra de lo que era habitual en su carácter, se sentía muy triste, alicaído, solo y, lo que es peor, se sentía sin esperanza y sin ilusiones.*

*En esas condiciones, ni tan siquiera le apetecía hacer deporte, a pesar de que el ejercicio físico siempre había sido su gran refugio, su mejor aliado en los momentos en los que su estado de ánimo estaba bajo.*

*La gente que estaba a su lado intentaba animarle; él sonreía y agradecía el esfuerzo, pero prefería concentrarse en sacar adelante el trabajo y se mostraba resignado en cuanto a las relaciones afectivas.*

*Un día, sus compañeros más cercanos decidieron darle una sorpresa y le invitaron a una representación musical; aunque a Carlos no le apetecía nada, sentía que no podía desairarlos y aceptó ir con ellos.*

*Curiosamente, Rocío, una de sus colaboradoras más jóvenes, con la que no tenía excesiva relación, fue quien les había sugerido la idea a sus amigos y se había encargado de sacar las entradas y de reservar un restaurante muy agradable para cenar. Esta compañera, de paso, se apuntó también al evento y, a partir de aquel día, su cercanía con Carlos se hizo muy patente.*

Cuando Carlos vino a vernos, estaba envuelto en un mar de dudas; no sabía muy bien si lo que aún tenía con Rocío era amistad, agradecimiento, cariño, pasión...; lo que sí sabía es que se sentía muy humillado por ella, muy engañado, pues había jugado con sus sentimientos sin importarle para nada el dolor que pudiera infligirle, a pesar de que hacía apenas tres meses que ella le había insinuado que se estaba enamorando de él.

Al principio, Carlos le había dicho que le agradecía mucho sus palabras, pero que no se encontraba preparado para empezar una relación, y menos con una compañera de trabajo, que además era diez años más joven que él.

Rocío, lejos de hacerle caso, siguió buscando por todos los medios las ocasiones para estar a solas con él y quedar a tomar algo fuera del trabajo. Cuando Carlos volvió a decirle que necesitaba un periodo de calma, ella le tranquilizó, comentándole que

lo entendía perfectamente, que no se preocupase, que ella se había dado cuenta de que lo que sentía por él era una amistad muy bonita, y que solo pretendía que se animara y no se encerrara tanto en sí mismo. Y este fue el principio del fin para Carlos. Ingenuamente, creyó en las palabras de Rocío, bajó sus defensas y, cuando quiso darse cuenta, estaban una noche juntos en su casa.

Analizándolo retrospectivamente, incluso en aquel momento, Carlos se sentía muy intranquilo y confuso, e intentó no llegar a más, pero Rocío estaba lanzadísima y de nuevo le dijo que no se preocupase, que se dejase llevar, que le apetecía mucho hacer el amor con él, pero que eso no significaba ningún compromiso [...].

La alarma había surgido hacía un mes, cuando una tarde que volvía al despacho después de una gestión, vio a Rocío en un coche, en una calle cercana, besándose apasionadamente con un joven al que no conocía [...].

Al día siguiente, Carlos le preguntó qué tal estaba y le comentó que no se encontraba en el trabajo cuando él regresó por la tarde. Ella, sin inmutarse, le manifestó que había venido a buscarla una amiga que lo estaba pasando mal, y que se había ido con ella para estar a su lado en esos difíciles momentos. Carlos no dijo nada; no salía de su asombro, pero se sintió muy vulnerable y muy dolido por la mentira y comprendió que estaba mucho más enganchado a Rocío de lo que había pensado.

En las dos semanas siguientes, Carlos volvió a intentar rehuir a Rocío, pero de nuevo ella daba por hecho que pasarían algunas noches juntos, y ambos se entregaban a unas relaciones sexuales intensas y placenteras que parecían no tener fin.

Pero las alarmas de nuevo se activaban cuando Rocío, sin dar explicaciones, de repente desaparecía durante 3 o 4 noches seguidas. [...].

Carlos estaba muy extrañado, pero prefirió no preguntar nada, recordando que tenían un supuesto pacto, por el que eran «amigos» y, para qué negarlo, amantes, pero no pareja. Una tarde, de repente vio a Rocío bastante decaída y le preguntó si le pasaba algo. Ella le dijo que se estaba planteando hacer horas extras en la empresa de un amigo, porque le apetecía mucho comprarse un coche nuevo, con el que poder ir algunos fines de semana a ver a sus padres (que vivían en otra ciudad). La razón de las horas extras era que con su sueldo no se podía permitir el coche de «capricho» que ella quería.

A Carlos aquello le extrañó, pero pensó que ella bien merecía ese regalo y que, de paso, así no tendría que hacer horas extras en otro sitio y, además, podría acompañarla también algún fin de semana, pues, extrañamente, nunca había conseguido que estuvieran juntos un sábado o un domingo [...].

Una vez obtenido el coche, Rocío se acostumbró a querer salir a cenar a sitios caros, a que Carlos la acompañase a comprarse ropa cara (ropa que siempre pagaba él), pero seguía poniendo excusas para no quedar los fines de semana, aunque, eso sí, de vez en cuando le pedía que le comprase dos entradas para alguna actuación a la que quería ir con su «amiga».

Un día, uno de sus mejores amigos del trabajo le dijo que había visto a Rocío y su novio a la salida del teatro (del teatro del que él había pagado dos entradas para Rocío). Carlos se quedó perplejo y, con un gesto muy forzado, intentando aparentar la calma que no tenía, le dijo que no podía ser, que él no creía que Rocío tuviese novio. Su amigo le miró incrédulo:

—Pues para no ser su novio —le dijo—, no paraban de morrearse; de hecho, estaban tan embelesados que preferí no saludar a Rocío para no cortarles el rollo.

Aquel día, Carlos no pudo resistir más y le confesó a su amigo la relación tan extraña que tenía con Rocío. Este se sintió muy incómodo y con cara de disgusto le dijo: «Carlos, ¿no serás tú quien le ha comprado ese coche tan espectacular?». Carlos admitió que Rocío resultaba insaciable con sus caprichos [...]. Con un gesto muy serio, su amigo le preguntó: «Carlos, ¿no te habrá pedido que le des el puesto de responsable de...?». En ese momento, Carlos comprendió que Ro-

cío había jugado con él; claro que le había insinuado que le gustaría mucho tener ese puesto (que significaba un aumento importante de salario); de hecho, Carlos llevaba una semana pensando qué hacer y cómo decirle a Rocío que no podía acceder a su petición; por una parte, le gustaría dárselo a Rocío y satisfacer su demanda, pero era una persona muy justa, y ya había decidido que otro compañero estaba mejor preparado y se lo merecía más. En realidad, Rocío conocía muy bien sus reacciones y se había dado cuenta de que Carlos no era partidario de acceder a su petición, por lo que llevaba varios días castigándole sin quedarse ninguna noche con él.

Esa noche Carlos la pasó en blanco, analizando el engaño que había sufrido y descubierto. Se sintió muy mal consigo mismo, ¡había actuado con una ingenuidad asombrosa!

A la mañana siguiente ya había decidido que necesitaba ayuda psicológica. [...]

Carlos había sido víctima de un engaño cruel. No podía sospechar que Rocío fuera capaz de simular un cariño que no sentía, y de simultanear además la relación con él y con su «novio». Se sintió humillado cuando comprendió que solo le había buscado porque sabía que era un ingenuo; un ingenuo con dinero y con poder del que se podía aprovechar y al que, con un poco de suerte, podría intentar convencer para que le concediera en su trabajo un ascenso que no merecía. [...]

—No quiero venganza—me manifestó—, solo quiero recuperar mi dignidad y ser dueño de mis emociones, quiero sentirme bien conmigo mismo, quiero actuar de forma justa en el trabajo y cerrar todas las heridas que ahora tengo abiertas.

Afortunadamente, Carlos tenía las ideas claras sobre lo que quería conseguir; por lo que, a pesar de la dificultad del caso, me mostré optimista. [...]

Pero como muy bien reconocía nuestro protagonista, aún estaba muy débil, y ante una persona sin escrúpulos y con la ambición de Rocío, dicha debilidad podía ser muy peligrosa, hasta que consiguiéramos que Carlos recuperase el control pleno de sus emociones. En este punto, después de tres sesiones de evaluación, el programa a seguir constaría de dos fases; en la primera y más urgente, trabajaríamos la recuperación del equilibrio emocional de Carlos, la mejoría de su estado de ánimo actual, el aceptarse de nuevo a sí mismo, recuperar su confianza y lo que él llamaba su «dignidad». En la segunda fase ya podría enfrentarse a Rocío con garantías de éxito; de todas formas, para no correr ningún riesgo, le entrenaríamos previamente en el desarrollo de diferentes técnicas de asertividad (autoafirmación), así como en la detección y el afrontamiento de las mentiras e imposturas que aún intentaría Rocío.

La dificultad máxima era que la persona que le había manipulado era una compañera de trabajo, que ya nos había demostrado claramente hasta dónde era capaz de llegar para conseguir sus objetivos y que, por el perfil que presentaba, no se iba a quedar quieta; teníamos que adelantarnos a los posibles pasos y acciones que ella podría intentar.

Necesitábamos ayuda mientras durase la primera fase, para que Carlos no se encontrase solo ante situaciones aún difíciles para él, como, por ejemplo, que Rocío se presentase por la noche en su casa, bien para ablandarle, seducirle, bien para chantajearle o intentar amenazarle. En este punto, aunque a Carlos le costaba pedir favores personales, vimos que le vendría muy bien que su mejor amigo, que a estas alturas conocía perfectamente toda la historia, se quedase algunas noches con él en su casa. [...] Oficialmente, Carlos comentaría públicamente en la oficina que a su mejor amigo le estaban haciendo obras en su apartamento y que, mientras estas durasen, se quedaría en su casa.

La siguiente medida fue elegir y hacer público el ascenso del compañero que ocuparía el puesto vacante que tenía en su equipo. Pero antes de dar este paso, Carlos hizo algo que le costó un mundo, y fue adelantarse y comunicar al director general que podía haber algún problema con este nombramiento, pues aunque no tenía dudas de que la persona que proponía era el profesional más preparado, cualificado y que más merecía la promoción, quería comentarle que quizás podría recibir alguna queja por parte de una persona de su equipo, de Rocío, que se había postulado con gran empeño para este puesto. El director le dijo que tranquilo, que no entendía su pre-

ocupación, que seguro que nadie cuestionaría este nombramiento, y menos Rocío, que era muy joven y poco preparada para este cargo, y que además a él también le parecía que la persona que había designado era la idónea. Ahí fue cuando Carlos, tragando saliva, le comentó que se veía en la obligación de poner en su conocimiento un asunto muy personal; fue entonces cuando le dijo que desde hacía pocos meses había mantenido relaciones estrechas con Rocío, y se temía que ella encajara mal este nombramiento e intentase alguna maniobra de desprestigio, bien hacia su compañero recién ascendido o hacia él mismo. El director reaccionó con ostensible incomodidad, le dijo que no le gustaban nada esos conflictos, que ya sabía que él no era partidario de que los problemas de relaciones personales se trasladaran a la empresa y que le sorprendía que Carlos, que siempre había sido exquisito en este ámbito, estuviera ahora inmerso en una situación tan delicada, en que una compañera podría haberse sentido utilizada por él. A Carlos le habría encantado decir que, en todo caso, el engañado había sido él, pero aguantó el chaparrón y le dijo al director que estuviera tranquilo, que él nunca había utilizado ni utilizaría su puesto en la compañía para favorecer determinadas relaciones, pero que no estaba seguro de cómo reaccionaría Rocío y por eso había querido ser sincero, adelantarle el tema y prevenirle.

Carlos lo pasó muy mal en esa reunión con el director general. En la siguiente sesión que tuvimos nos comentó que quizás había sido un error revelar la situación, y que realmente nadie en la compañía podía pensar que Rocío merecía el puesto. La reacción de nuestro protagonista era lógica; para él había sido muy humillante dar esa información al director general y se había sentido molesto con la posibilidad de que él hubiera podido pensar que, quizá, Carlos se había servido de su posición para facilitar una relación con una colaboradora diez años más joven. Le comenté que entendía su frustración y que ojalá no pasara nada, pero que, como psicóloga con mucha experiencia, me sorprendería que Rocío no intentase alguna maniobra y que, en cualquier caso, pronto saldríamos de dudas, pues al día siguiente se haría público el nombramiento.

Curiosamente, esa misma noche, como veía que Carlos estaba muy distante con ella, Rocío se acercó a su casa y se quedó muy sorprendida al ver que quien le abría la puerta era el amigo de Carlos. Pero, lejos de cortarse, rápidamente hizo gala de sus habilidades y cuando Carlos, en tono serio y muy tajante, le dijo que le agradecería que no se presentase en su casa sin llamar, intentó coquetear directamente con su amigo, diciéndole que si él iba a consentir que no invitasen a cenar a una chica joven y agradable, que se había dado la paliza para ir a verles y alegrarles la noche. El amigo sonrió y dijo: «Esta es la casa de Carlos y parece que no quiere que estés». En ese momento, Carlos se levantó, se dirigió a la puerta y con voz firme, señalando la salida dijo: «Rocío, ¡no vuelvas a venir!». Prueba de fuego superada», pensó Carlos.

Pero al día siguiente Carlos me contó que no habían pasado ni cinco minutos después de hacerse público el nombramiento, cuando Rocío entró en su despacho sin llamar, sabiendo que estaba reunido, y, sin importarle para nada quién estaba presente, dijo en voz alta que cómo era posible que Carlos le hubiese prometido el puesto y ahora se escondiera para no dar la cara... «¡Pero esto no va a quedar así!», amenazó.

Inmediatamente, había recibido una llamada del director general para comentarle que su secretaria le había informado que Rocío quería verle, y que a él le molestaban profundamente estas historias en que se mezclaban lo personal y lo profesional. Carlos se disculpó, le dijo que lo entendía muy bien y que a él le acababa de montar un numerito en el despacho.

—Esto te pasa —sentenció el director—, por no separar el trabajo de tu vida afectiva.

Carlos le manifestó que había aprendido la lección, que no volvería a suceder y que sentía enormemente la situación.

El director general, que de ingenuo tenía poco, le dijo a la secretaria que comunicase a Rocío que no la podía recibir, que cualquier cosa que tuviera que decirle lo hiciera a través de su director; es decir, de Carlos.

—Bueno —comentó Carlos—, al menos el director general no la ha recibido, pero seguro que ahora volverá a intentar verme de nuevo.

—Tranquilo, Carlos, claro que volverá a verte —le dije—, y tienes que estar preparado, pues utilizará todos sus recursos: podrá mostrarse enfadada, dolida, se hará la víctima... y si ve que por ahí no consigue nada, intentará de nuevo darte lástima, ponerse cariñosa, seducirte... Lo que tienes que tener claro es que, en ningún momento, ni en la oficina, ni fuera, deberás estar a solas con ella. Si llama a tu despacho, no la veas a solas; haces como el director general: le dices que pida hora a tu secretaria y que, si es algo urgente, se lo comunique a su responsable —mando intermedio entre Carlos y Rocío—, pero en ningún momento la recibas a solas.

Como habíamos previsto, Rocío intentó chantajearle en las semanas siguientes, pero como vio que Carlos estaba muy firme, [...] a partir de ese momento, se dio cuenta de que poco podía hacer ya.

El problema se solventó definitivamente cuando ella le mandó un mensaje diciéndole que le iba a denunciar por acoso. Ese mismo día Rocío recibió una llamada del abogado de Carlos, quien, en tono muy grave, le informó de que su cliente le había comunicado el chantaje que pretendía hacerle y que inmediatamente tomarían medidas.

—Por cierto —añadió—, mi cliente tiene las facturas de todo lo que le ha pagado en los últimos meses, incluyendo un coche de alta gama; desde luego, cualquier juez verá en dos minutos lo que aquí ha sucedido.

Rocío mentía constantemente, era manipuladora, ambiciosa, una persona sin límites morales o éticos, pero no era tonta. Entendió que su intento de chantaje se podía volver en su contra y al día siguiente llamó al abogado de Carlos para decirle que quería llegar a un acuerdo, que entendía que Carlos tenía una posición dominante y que no quería perder su trabajo, pero que si en algún momento intentaba hacer algo contra ella, que Carlos supiera que tenía grabaciones muy comprometedoras de sus relaciones íntimas.

—Muy bien —le comentó el abogado—; por cierto, sepa usted que en esta oficina grabamos las conversaciones.

A partir de ahí nos dedicamos a que Carlos aprendiera todo lo que esta experiencia le había deparado, a fin de no cometer determinados errores en el futuro. Simultáneamente, trabajamos para que se reconciliara consigo mismo y volviera a creer que hay buenas personas, aunque muchas, muchísimas, son capaces de mentir para conseguir sus objetivos.

Al analizar detalladamente el caso, vimos que las principales señales de que Rocío mentía eran que tenía un comportamiento muy histriónico; sus risas, sus gestos, sus miradas... todo en ella era una impostura, una puesta en escena, que las personas sinceras no utilizan y que dejaba al desnudo sus mentiras.

—¡Como actriz no tenía precio! —exclamó Carlos el último día que nos vimos.

—No te creas, le respondí; las actrices tienen que trabajar mucho, y entre otras competencias y habilidades necesitan mucha resistencia a la frustración, pues es una carrera profesional muy compleja, donde puedes pasarte muchos años en papeles secundarios, y no parece que Rocío tenga ese perfil.

***Las personas mentirosas, que no tienen límites ni valores, pero que son hábiles y listas, elegirán muy bien a sus víctimas, e intentarán extorsionarlas y manipularlas para jugar con ventaja y conseguir sus objetivos; y lo harán no a través del esfuerzo, sino por medio del engaño.***